

Sesión 1

Martes 23 de febrero 2021
17:30 a 19:30

Razones para un nuevo currículo de Religión

PONENCIA MARCO

EL COMPROMISO DE LA IGLESIA CON LA EDUCACIÓN

S.E.R. Cardenal Angelo Bagnasco

Arzobispo emérito de Génova. Presidente del Consilium
Conferentiarum Episcoporum Europae (CCEE)

Un cordial saludo a todos los participantes en el Foro promovido por la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura, y un afectuoso saludo a los Hermanos en el Sacerdocio y en el Episcopado. Mi más sincero agradecimiento por la invitación para S.E. Mons. Alfonso Carrasco Rouco, presidente de la Comisión. Como es sabido, el tema que se me ha confiado es "La tarea de la Iglesia en la educación".

1. El educador

Quisiera empezar la reflexión con la figura del educador: hablamos, por tanto, de todos los que tenemos la gracia de ser educadores. ¿Por qué este punto de partida? Porque la realidad de los jóvenes interpela a los adultos. Nuestra primera responsabilidad es, de hecho, hacernos a nosotros mismos -padres, sacerdotes, maestros, catequistas, animadores asociativos ...- una pregunta: frente a los jóvenes, todo educador no debe preguntarse "¿Qué puedo hacer por ellos?", sino más bien "¿Quién soy yo?". Si educar significa que doy a este hombre valor a sí mismo, que lo ayudo a ser libre, que lo introduzco a la vida, entonces entendemos que la formación no es principalmente una cuestión de discursos, exhortaciones, llamadas de atención, métodos. Todo esto es necesario, pero no es el factor original, ¡ya que la vida se despierta con vida, la luz con la luz, la libertad con la libertad, el amor con el amor! Por eso, la primera pregunta recae en el educador, quien debe plantearse si es una persona viva, libre, si su presencia, más que ser eficiente, irradia, es luminosa y benéfica para quienes se acercan a él, lo ven, lo escuchan.

Si bien es cierto que ninguna edad está exenta de la necesidad de crecer, también es cierto que los adultos tienen grandes responsabilidades hacia los jóvenes: nadie ha llegado al final del camino, pero los adultos deben tener algo que decir que sea verdadero y bello, serio y bueno, a quienes están al comienzo de la parábola de la existencia. Algo que decir con palabras y testificar con hechos. Si esto no sucede, el adulto habría perdido años que no volverán.

2. La misión educativa de la Iglesia

He dicho que educar significa encontrar la vida, dialogar con ella, pero ¿qué significa encontrarla? Ante todo, significa encontrarse a sí mismo, ya que cada uno es para sí la primera forma de vida, la más íntima. Sin este encuentro radical, el individuo no consigue vivir sino que es vivido, no puede actuar sino que es actuado: en esencia, sufre lo que sucede en

lugar de vivirlo realmente. En la existencia, mucho depende de nosotros, pero mucho más se nos escapa y viene a nuestro encuentro tal y como es, y no como nos gustaría que fuera. Es exactamente lo contrario de lo que la cultura mediática quiere hacer creer creando ilusiones a jóvenes y adultos. La educación debe educar para decidir qué es lo que nos toca, y para gobernar lo que nos pasa independientemente de nosotros: elegir tiene que ver con el "qué", gobernar con el "cómo", la forma en la que vivimos tanto lo que elegimos como lo que nos pasa. La experiencia enseña que el "cómo vivir" es a veces más decisivo que el "qué vivir". Hemos llegado así al tema de la verdad: se trata de quiénes somos nosotros como personas, la bondad de nuestras elecciones, la forma de vivir en cualquier situación.

Hoy, en Occidente, hay una grave falta de pensamiento y, por tanto, de fe. La fe, de hecho, invoca a la razón pensante y viceversa, en una circularidad que no es artificial sino connatural tanto a la fe como a la razón. Sabemos que los padres son los primeros e insustituibles educadores de sus hijos, y la familia es el primer campo de formación educativa. Junto a ellos, está la escuela como un lugar designado institucionalmente para educar la inteligencia en la integridad de la persona, razón y corazón, alma y cuerpo.

La responsabilidad educativa de la Iglesia no es una iniciativa suya particular, sino que es intrínseca a su misión evangelizadora: si la Iglesia renunciara a educar, renunciaría a evangelizar, se negaría a sí misma. De hecho, si educar significa abrir a la vida, conocer quiénes somos, tener los criterios para elegir qué hacer y cómo vivir, aprender a ser libres y a amar, confiar en uno mismo, distinguir entre el bien y el mal, estar con otros, apreciar el sacrificio y descubrir la belleza de los ideales, resistir en las pruebas y tener coraje ante los desafíos..., entonces la fe es la realidad más alta y más cierta, ya que Cristo es la verdad plena, es vida sin fin, es el camino que conduce a la verdad y la vida. Todo esto es alegría y felicidad, es la respuesta a esa insondable nostalgia que indica el Cielo, sin el cual es difícil ver y vivir en la tierra. La fe, o se convierte en cultura, es decir, en una forma de pensar y vivir personal y social, o no es. Y para convertirse en cultura e historia debe ser "pensada".

Hoy, por un lado, existe el riesgo de una cierta gnosis que transforma la fe en un saber superior y elitista, que no responde al hombre en su totalidad, y que desencarna el Evangelio; pero, por otro lado, hay una forma de encarnarlo que "naturaliza el Evangelio" - como escribía la conversa francesa Madeleine Delbrel -, es decir, quitarle la linfa sobrenatural y reducirlo a un código de sentido común, de reglas para convivir con los demás, de comportamientos altruistas pero no religiosos.

La tarea educativa no es, por tanto, superpuesta, sino que es intrínseca a la misión de la Iglesia, y dos mil años de historia lo demuestran: "Cristo Señor (...) al revelar el misterio del Padre y de su amor, también revela plenamente el hombre al hombre, y le comunica su altísima vocación" (Concilio Vaticano II, GS, 22). Gracias al Evangelio, Europa ha llegado a una concepción antropológica de altura y plenitud que no tiene comparación en ningún otro lugar de la tierra, como también lo reconocen estudiosos que se declaran no creyentes: "El mundo histórico en el que pudo formarse 'el prejuicio' que cualquiera que tenga un rostro humano posee, como tal, la 'dignidad' y el 'destino' de ser hombre, no es objetivamente el mundo (...) del Renacimiento, sino el mundo del cristianismo, en el que el hombre ha redescubierto a través del Hombre-Dios, Cristo, su posición frente a sí mismo y al prójimo... (Por eso) incluso solo el debilitarse del cristianismo, se vuelve problemática también la humanidad" (Karl

Lowith, *De Hegel a Nietzsche*). En esta perspectiva, también se explican las afirmaciones de Michel Foucault que -después de que Nietzsche declarara la muerte de Dios- viene a declarar la muerte del hombre, que se ha convertido como en una huella en la arena, sin rostro y líquido.

3. La cultura de la nada y el despertar de la conciencia

La cultura contemporánea parece no tener nada que decirle a los jóvenes, nada significativo que caliente el corazón y llene el alma. Los valores se devalúan, el sentido del hombre, de la vida y de la muerte, parece negado, así como escribió F. Nietzsche: “Vi una gran tristeza descender sobre los hombres (...). Se proclamó una nueva doctrina, y con ella una nueva fe: todo es en vano, todo es similar, todo ya ha sido” (*Así habló Zaratustra*).

Sin embargo, este tiempo encierra una oportunidad que no debemos dejar pasar: la de "pensar" y "elegir". La cultura nihilista, que conduce a evidentes derivas antihumanistas, suscita una pregunta: ¿por qué la ausencia de sentido y valor?, ¿hacia dónde vamos? No es una pregunta instrumental sobre cómo funcionan el hombre y el cosmos, es trascendental porque trata de nuestro estar en la tierra y en el tiempo: ¿qué será de mí?, ¿cómo salvar mi vida? Podemos renunciar a cuestionarnos adaptándonos al pensamiento único, pero así estaríamos faltando a nuestra inteligencia, que no puede vivir sin verdad y en soledad radical. Se está produciendo el despertar de la conciencia; quizás un despertar lento e incierto, pero imparable.

Es este, creo, el *kairòs* de la hora que estamos viviendo. En este momento crucial no podemos faltar: estamos llamados a ser como los centinelas de la mañana, alertas y listos para indicar el nuevo día. Nuestras instituciones académicas, escuelas diocesanas, todo lugar de conocimiento de la fe y de elaboración del pensamiento - para los maestros sobre todo la escuela - son espacios privilegiados donde el Evangelio inspira el pensamiento y la razón estimula la fe.

Hoy, el pensar es visto como un peligro por el poder, cuando éste se concibe no como un servicio sino como un dominio, y por eso utiliza todas las formas de distracción para evitar que la gente reflexione y se cuestione, se haga una conciencia. Este ocupar las mentes tiene como objetivo lograr o incrementar el poder, el político y el económico. Mientras en otros tiempos se usaban totalitarismos ideológicos evidentes y violentos, hoy se usan totalitarismos sutiles que -detrás de la bandera de la absoluta libertad individual- niegan la trascendencia del ser humano y socavan la relación con Dios, con los demás, con los valores y las normas.

El colectivismo materialista y el individualismo consumista son dos formas de totalitarismo: ambos, de diferentes maneras, alienan a la persona y la aíslan.

4. Las expectativas de los jóvenes

a) La nostalgia metafísica y la búsqueda del sentido

Los corazones de los jóvenes -a pesar de las diferentes representaciones y los dolorosos sucesos que nos llegan a través de las noticias- laten de forma diferente a la cultura nihilista. La inquietud generalizada -más allá de problemas contingentes como la dificultad para

encontrar trabajo y crear una familia- revela la nostalgia de una plenitud interior, que no se identifica con ninguna satisfacción particular. Es una inquietud que no depende de situaciones contingentes, sino que está en la raíz del alma como una herida salada que empuja más allá de nosotros mismos.

El joven necesita y desea interpretar este misterioso acicate que le hace sentir incompleto, criatura de frontera entre finito e infinito, entre tiempo y eternidad. Necesita sentirse acompañado en la tierra desconocida de los significados y del sentido de las cosas. Espera que alguien se de cuenta de sus inseguridades que, antes de ser psicológicas, son metafísicas, ósea que pertenecen a la condición humana. Debe ser tranquilizado ante algo que puede percibir como un laberinto desconocido y que, si permanece sin descifrar, genera el "mal de vivir".

Alguien tiene que decirle que la vida puede parecer un cúmulo de puntos dispersos e insignificantes, pero la realidad es que están misteriosamente conectados entre sí y tienen un sentido que nosotros no podemos ver, como cuando, demasiado cerca de una pared, vemos las piedras individuales, pero no el conjunto. A veces se puede vislumbrar el diseño, pero más a menudo hay que creer en él y confiar.

b) El desconcierto y la calidad de vida

Un cierto desconcierto puede apoderarse del joven, engañado por la insistente idea de que el número de experiencias que ha tenido mide la calidad de su vida y marca su madurez. Es una mistificación grave: no es la cantidad de cosas que se hacen o se conocen, ni de las emociones ni de las vivencias, lo que construye al hombre, sino la elaboración de lo que se ha visto, encontrado, vivido. No es por tanto la extensión lo que constituye el sentido de la existencia, sino la intensidad, la consistencia moral, la nobleza ideal, la profundidad que interioriza y discierne.

En esta perspectiva, provocar la consciencia de los jóvenes, plantear las preguntas más crudas y punzantes que cuestionan lo que cada uno es y lo que hace, sacuden la superficialidad, es tarea cada vez más necesaria y urgente. Obligar a pensar, abrirse a la verdad, es método tanto del proceso educativo como de la evangelización. Y esto confirma esa relación entre fe y razón que hoy parece poco considerada.

c) La fragilidad difusa y el centro unificante

Otro aspecto que el joven espera descifrar es una cierta fragilidad que mina todo y todos. Fragilidad que se manifiesta en la intolerancia ante las inevitables dificultades, fracasos, desengaños incluso afectivos, incomprensiones que la vida conlleva. Un elemento decisivo del camino educativo es, por tanto, la formación del carácter, el saber estar de pie solo. El carácter es la estabilidad interior de la persona: no es rigidez y ni siquiera esclerosis de los puntos de vista y de los comportamientos, sino que consiste en la armonía de pensamiento, sentimiento y voluntad alrededor del propio centro espiritual. Cuando el propio centro espiritual aún no está claro y decidido, la persona tiene la sensación de desconcierto, casi de disociación, es decir, de una falta de síntesis que dé sentido y orientación.

El punto es decidir el centro interior alrededor del cual la multiplicidad de la persona - pensamientos, sentimientos, elecciones, experiencias...- puede hacer unidad y orden dinámico. Para el cristiano, el centro no es una idea, una sabiduría humana, es Jesús, sabiendo que el cristianismo no es la evasión de los hombres al mundo de Dios, sino la invasión de Dios al mundo de los hombres: solo si seremos tocados por Dios, Dios podrá volver a los hombres.

Queridos amigos, nuestra Europa es un continente extraordinario: crisol de pueblos y naciones, de historia y cultura. Es la síntesis de Atenas, Jerusalén y Roma. El Evangelio es el álveo fecundo que ha recogido y llevado a síntesis todas las demás aportaciones, pero no podemos olvidar lo que afirmó el más grande pensador checo del siglo XX: "Sin el cuidado del alma como base espiritual, Europa está muerta y cae de nuevo en el olvido" (Jan Patočka, *Platón y Europa*).

Nos toca a todos nosotros - docentes, educadores, catequistas, comunidad cristiana - ayudar a los jóvenes a encontrarse a sí mismos, a abrir horizontes, a tener confianza, a resistir la indiferencia, a descubrir la belleza de la fe cristiana. A las generaciones jóvenes miremos con simpatía y esperanza: a ellos les tocará ser los nuevos evangelizadores en un tiempo maravillosamente difícil que la Providencia nos ha dado, y que abrazamos con amor y con el sano realismo de T.S. Eliot: "Si el cristianismo desaparece, desaparece toda nuestra cultura. Y entonces vosotros tendréis que empezar fatigosamente desde el principio, y no podéis llevar una cultura ya hecha. Tendréis que pasar por muchos siglos de barbarie" (*Notas para una definición de la cultura. Apéndice: La unidad de la cultura europea, en Opere 1939-1962*).

Gracias.